

La balada de la ausencia

Autora: Edith Checa

Pedro se levantó como cada día antes de que comenzara a amanecer, pero esta vez no con la sonrisa típica del que está de vacaciones en la playa. Tenía una sensación extraña, sentía en su estómago una inquietud como de mal augurio. Ya le había en otra ocasión hacía unos años, sintió esa misma sensación de inseguridad, de nervios, de angustia y a los pocos minutos la ciudad en la que se encontraba padeció un fuerte terremoto.

Se levantó como cada día, pero con miedo. Pensó que no debía tomarse el café habitual porque le pondría peor. Decidió calentarse un vaso de leche para tomárselo como siempre en la terraza y contemplar el amanecer y el mar sereno, las gaviotas y la brisa fresca. Un ritual diario que le llenaba de alegría. En esos minutos disfrutaba del rumor del mar tranquilo; del olor cálido del aire de su casa en contraste con el frescor de fuera; de la sensación de ser diferente a los demás por hacer algo que está fuera de toda lógica. Levantarse al amanecer en vacaciones cuando durante el año se cabrea cada vez que suena el despertador a las siete.

Bajó a la cocina para calentar la leche. Un silencio profundo, casi plástico, envolvía todo. Percibía el sonido de cada uno de sus movimientos de forma especial: el sonido de la puerta del frigorífico, el sonido del cartón al cortar una esquina con las tijeras, el corretear de la leche hasta llegar al vaso. Todo sonaba con una gran presencia, en un primer plano. Respiró profundamente escuchando la entrada y la salida del

torrente de su respiración. La leche ya se había calentado. Dio el primer sorbo, feliz y medio adormilado aún. Caminó por el pasillo hacia la terraza para contemplar la primera claridad del día sobre el mar, sobre la extensa playa. Silencio, todo estaba envuelto en silencio. Incluso pudo escuchar las respiraciones de sus hijos que dormían en las habitaciones del piso de arriba. Silencio. El mar está en calma -pensó-.

Ya en la terraza al contemplar el espectáculo que se le ofrecía tuvo que asirse a la barandilla para no perder el equilibrio. El vaso de leche se le cayó de las manos y se estrelló contra la acera del paseo marítimo produciendo un gran ruido. Miró para ambos lados, de derecha a izquierda, histérico. ¿Dónde está?, ¿dónde está? ¿Qué ha pasado? ¿Qué es esto? ¡Debo de estar soñando! Sacude la cabeza como si quisiera despertar. Le tiemblan las piernas, sigue cogido a la barandilla, está a punto de desmayarse. No entiende nada. Ante él, toda una inmensa extensión de arena, de suelo en declive, cuesta abajo, hasta el horizonte, un gran desierto se extiende ante sus ojos. Con un movimiento brusco consigue meterse en el salón. Quiere gritar pero no puede. Vuelve a asomarse para ver si todavía está allí esa imagen dantesca del fondo de un mar que ya no existe. Corre asustado tropezando con todo, camina como un toro descordado, sin poder controlar los movimientos, cayéndose, y levantándose. Por fin llega a la habitación y zarandea a su mujer para que despierte. ¡El mar! -grita- el mar, el mar. Solo consigue pronunciar esas palabras. Elena se levanta asustada, presiente algo terrible, alguien se ha ahogado. ¡El mar, el mar! La empuja sin dar explicaciones hacia la terraza. Llegan. Ella se asoma. Sus ojos espantados van de un lado a otro, buscando, mirando más allá de donde se puede mirar, abiertos los ojos de par en par sin poder creer lo que está viendo. ¿Qué está pasando?, ¿Qué es esto? El sol ha comenzado a elevarse en el horizonte, en un horizonte seco, hundido, lejano.

Ambos gesticulan y hablan a gritos que producen un extraño eco. No entienden

lo que pasa. No es posible que sea una simple bajada de marea. Hay kilómetros y kilómetros hasta el horizonte y no hay nada más que suelo y algunas rocas.

Comienzan a oírse voces en el silencio de aquella mañana, un silencio inaudito pero lógico, el silencio de un mar que no existe, de un océano que ha desaparecido, son voces que provienen de otros apartamentos.

Se asoman y buscan a aquellas personas que están contemplando el fondo marino vacío. Pedro entra en busca de su teléfono móvil. Llama nervioso a la policía, les cuenta que el mar no está, que no hay mar, que el océano Atlántico ha desaparecido. El policía le dice un par de obscenidades y le cuelga.

Se oyen voces en la calle, en el paseo marítimo. La gente está bajando de los apartamentos. Elena consigue encontrar los prismáticos y mira. Busca a lo lejos, en el horizonte, con la esperanza de que haya sido una bajada exagerada de la marea. Pero nada, no hay agua por ningún sitio. Sigue observando y, en aquel suelo fangoso ve algo que se mueve. Es algo oscuro y alargado que se mueve. Podría ser un hombre arrastrándose. ¡Sí!, es un hombre que se arrastra hacia la costa. Sí, lo es, seguro. Hay que ayudarlo, se dicen y se bajan corriendo.

El pueblo ha despertado de forma precipitada y muchas personas se han echado a la calle, aterrorizados y nerviosos. El paseo marítimo se está llenando. Todos hablan con un tono de voz muy alto, además el silencio aumenta la presencia de las voces. Se oyen sirenas de fondo.

Pedro y Elena se acercan hasta el bordillo. Elena vuelve a mirar con los prismáticos. Ve al hombre con más claridad. Pedro se los arrebató y comprueba que su mujer tiene razón. "Sí, es un hombre- dice Pedro- y por su forma de arrastrarse puede que esté herido". Muchos han oído la afirmación de Pedro y la noticia pasa de boca en boca por todos lados. Unos agentes de la policía al oír aquello se acercan a Pedro quien

les presta los prismáticos.

¡Hay que salvarle!, gritan algunos, ¡hay que salvarle! Pedro agarra a uno de los agentes y le dice que va con él.

Se miran. Observan la profundidad, el declive, una cuesta hacia abajo que parece interminable, el extraño fondo marino. Caminan por la arena blanda y seca hasta llegar a la zona en la que el mar ha dejado su última huella de ola. Es la zona húmeda pero vacía. Se sienten eufóricos, van a salvar a un hombre. Pero allí están parados en seco, justo en la línea dibujada por la última ola. Se miran. Observan a la multitud agolpada a lo largo de varios kilómetros de paseo marítimo. Sienten miles de ojos fijos en ellos, en su terror, en su pánico, en su ficticia heroicidad. Pedro balbucea: ¿Y si de pronto surge un enorme ola y nos traga?, ¿y si vuelve de pronto a subir la marea y nos ahogamos? ¿Y si de pronto nos encontramos con arenas movedizas o fosas o algún bicho raro? Están paralizados, el policía no contesta. No pueden moverse. El tiempo pasa.

Miran de nuevo a los ciudadanos que tienen puesta su esperanza en ellos, en los únicos atrevidos, valientes, héroes. Y poco a poco, aquella imagen de la humanidad apoyándoles produce el milagro de la aparición del valor. Se cogen de la mano y dan el primer paso sobre la arena, está blanda. Un paso, dos pasos, otro más. No va a pasar nada se dicen. Les entra una increíble fuerza y dándose un apretón de manos se echan a correr como pueden porque se hunden algo en la arena húmeda. Se dirigen hacia el hombre que sigue despacio arrastrándose hacia ellos.

Elena abraza temblando a sus hijos que, como todos los vecinos de la ciudad, han bajado horrorizados a la calle. Mira a los dos hombres correr cuesta abajo hacia el fondo de aquel desierto húmedo pero vacío.

Pedro y el agente están ya muy cerca. Miran constantemente al suelo y al horizonte. Al suelo para no matarse con las rocas que a veces encuentran o por si hay

algún foso. Miran el horizonte por si de pronto aparece la gran ola.

Por fin llegan hasta el hombre. Al verlos se derrumba de puro agotamiento. Entre ambos lo levantan y prácticamente lo arrastran cuesta arriba. A medida que caminan, le preguntan -la curiosidad puede más que el propio miedo- qué ha pasado. El hombre, malherido y agotado, les comenta con múltiples interrupciones que estaba pescando y que de pronto su barca fue arrastrada y chocó contra una roca, consiguió asirse a un saliente. La barca desapareció arrastrada por la marea. Se aferró a la roca con brazos y piernas hasta que el agua desapareció de su vista. Al mirar la costa, le pareció que estaba tan lejos que pensó que si la marea volvía no podría contarle. Por eso prefirió quedarse en la roca. Debieron pasar un par horas, ya extenuado se le fueron aflojando los brazos y las piernas y decidió bajar y caminar hacia la orilla. Pero la arena del fondo era como fango y le costaba dar un paso tras otro porque se hundía.

Continúan con esfuerzo ayudando al hombre para llevarlo al paseo marítimo. Pedro no deja de mirar para atrás, su mayor temor es que una gran ola aparezca y se los trague. Pero finalmente consiguen llegar al paseo donde miles de personas aplauden a los salvadores y al rescatado.

La policía pide a todos con altavoces que evacuen el pueblo. Dada la situación cabe la posibilidad de que suba una marea inmensa e inunde la zona.

La gente sale despavorida hacia los coches, algunos se atreven a subir a los apartamentos para recoger algunas cosas.

La evacuación se complica por la cantidad de automóviles que al tiempo pretenden salir.

Pedro y su familia están ya en su coche, inmersos en un atasco de varios kilómetros. Apenas se mueven unos metros. Sería más rápido si se apearan y caminaran para alejarse de la zona. Pero no lo hacen, no saben qué hacer. Al menos están dentro

del coche, con la radio puesta. Pero en todas las emisoras hablan de lo ocurrido. Dicen que helicópteros y aviones sobrevuelan la zona afectada, hay un gran agujero en el suelo de lo que antes era el océano, se ha abierto a unas doscientas millas frente a las costas de la provincia de Cádiz, es un desagüe por el que se está yendo toda el agua. Lo mismo está ocurriendo en otras zonas del planeta, inmensos agujeros están desaguando los mares. La tierra se está tragando toda el agua. Los locutores entrevistan a expertos geólogos sobre el tema y la mayoría están llegando la misma conclusión: es el fin. El centro de la tierra es una masa líquida incandescente de metales y minerales. Si el agua está llegando al núcleo lo apagará, eso implica que toda la masa se solidificaría y por tanto la energía contenida tendrá que salir, tendrá que expandirse hacia afuera. Diversos expertos apuntan que pueden ocurrir diferentes cosas en unas pocas horas: un gran cataclismo a nivel mundial debido a que todas las placas tectónicas entrarán en movimiento por culpa de esa solidificación; la tierra podría comenzar a girar más rápido debido al arrastre inercial del giro del núcleo que al solidificarse empezaría a arrastrar a la corteza a una mayor velocidad, lo que conllevaría a múltiples desastres; posiblemente también, apuntaban otros expertos, el efecto electromagnético variará de tal forma que la luna saldrá despedida, y la capa magnética que nos protege del sol dejará entrar mayor radiación de las explosiones solares.

Pedro piensa que a lo mejor el agua de todos los océanos no logra llegar hasta el núcleo, puede que se quede embalsada a varios kilómetros por debajo de la corteza, eso ya no sería tan horrible. Habría que comenzar a buscar la posibilidad de sacarla como ahora se saca el petróleo. Aunque la vida en un planeta seco y la lucha por sacar barriles de agua cambiaría la concepción del mundo. Quizás habría posibilidad de salvarse, al menos, algunos se salvarían.

Pedro, su mujer y sus hijos, siguen sentados en el coche participando del

inmenso atasco en el que están paralizados. Escuchan las noticias. Nadie habla. Nadie habla en ningún coche. Ya no suenan cláxones. La gente ha escuchado todas las sentencias y callan sentados en sus coches. Poco a poco van apagando sus receptores de radio. Ya no se oye nada. Silencio. Todos los ocupantes de los coches se miran y comienzan a abrazarse a los suyos. Unos se pasan al asiento de atrás, otros a los asientos de delante, intentan juntarse a toda costa y abrazarse, sólo abrazarse. No hablan, solo se abrazan como nunca antes lo habían hecho.

-¡Perfecto! ¡Perfecto! ¡Me ha encantado! ¿Y a vosotros?

-Sí, joder, pero qué mal me lo has hecho pasar. Me ha dejado el estómago encogido.

-Es un corto estupendo, seguro que arrasas en el festival.

-La verdad es que te deja un poco de mal cuerpo, pero está muy logrado.

-¿Te has informado bien, Pedro? ¿De verdad si se enfría el núcleo de la tierra pasaría todo eso?

-Pues claro.

-Menos mal que es pura ficción.

-Después de esto necesito un trago.

Los cuatro amigos y Elena bajan al chiringuito de la playa, son las doce de la noche y está en plena efervescencia. Música a tope, chicas bailando.

-¿Alguien se viene a dar un baño a la luz de las estrellas? Comentó Elena.

-Ni de coña, no se ve un pimiento ¿no ves que no hay luna?

-Me apunto- dijo Pedro, su marido.

Echaron a correr hacia la orilla. Al alejarse del chiringuito se dieron cuenta de que el mar debía estar muy tranquilo porque no se oía. La marea debía estar baja.

Continuaron caminando. Pedro comenzó a temblar.

-¿No te parece que aquí pasa algo raro? No veo dónde está la orilla, las olas, no se ve nada, no se escucha el mar.

-Es que no hay luna y con las nubes no se ven las estrellas. ¿Te vas a obsesionar con el corto que has creado? ¡Habrá bajado la marea más de la cuenta! Sigamos caminando.

-Elena, nos hemos alejado mucho del paseo marítimo. Mira el chiringuito, es un punto de luz, y no se les oye. El mar nunca ha estado tan lejos.

- Oye no me asustes ¿vale? Es un poco raro, sí, pero acabamos de visionar tu película y estamos obsesionados con el tema.

- ¿Dónde está el mar? ¿Dónde coño está el mar? ¿Te das cuenta, Elena? Escribí un guión sobre un sueño y ahora pasa esto. Creo que no fue un sueño sino una premonición. ¡Vámonos, corre, corre!